

Robert Service

HISTORIA DE
RUSIA
EN EL SIGLO XX



CRÍTICA

HISTORIA DE RUSIA EN EL SIGLO XX

MEMORIA CRÍTICA

ROBERT SERVICE

HISTORIA DE RUSIA EN EL SIGLO XX

Traducción castellana de
Carles Mercadal

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2001

Primera edición en esta nueva presentación: noviembre de 2016

Historia de Rusia en el siglo XX

Robert Service

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *A History of Twentieth-Century Russia*

© 1997: Robert Service

© de la traducción, Carles Mercadal, 2000

© Editorial Planeta S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-16771-28-8

Depósito legal: B. 20.753 - 2016

2016. Impreso y encuadernado en España por Book Print Digital

Índice

Agradecimientos	9
Introducción	11
1. ¿Y Rusia? (1900-1914).	23
2. <i>La caída de los Romanov (1914-1917)</i>	43
Primera parte	
3. <i>Conflictos y crisis (1917)</i>	61
4. <i>La revolución de octubre (1917-1918)</i>	75
5. <i>El nuevo y el viejo mundo</i>	91
6. <i>Guerras civiles (1918-1921)</i>	109
7. <i>La Nueva Política Económica (1921-1928)</i>	129
8. <i>El leninismo y sus descontentos</i>	153
Segunda parte	
9. <i>El primer plan quinquenal (1928-1932)</i>	169
10. <i>Fortalezas asaltadas: cultura, religión y nación</i>	187
11. <i>Terror y más terror (1934-1938)</i>	205
12. <i>Frente al totalitarismo</i>	227
13. <i>La segunda guerra mundial (1939-1945)</i>	243
Coda	
14. <i>Sufrimiento y lucha (1941-1945)</i>	263
Tercera parte	
15. <i>Los martillos de la paz (1945-1953)</i>	279
16. <i>El déspota y sus máscaras</i>	297
17. <i>«Desestalinización» (1953-1961)</i>	313

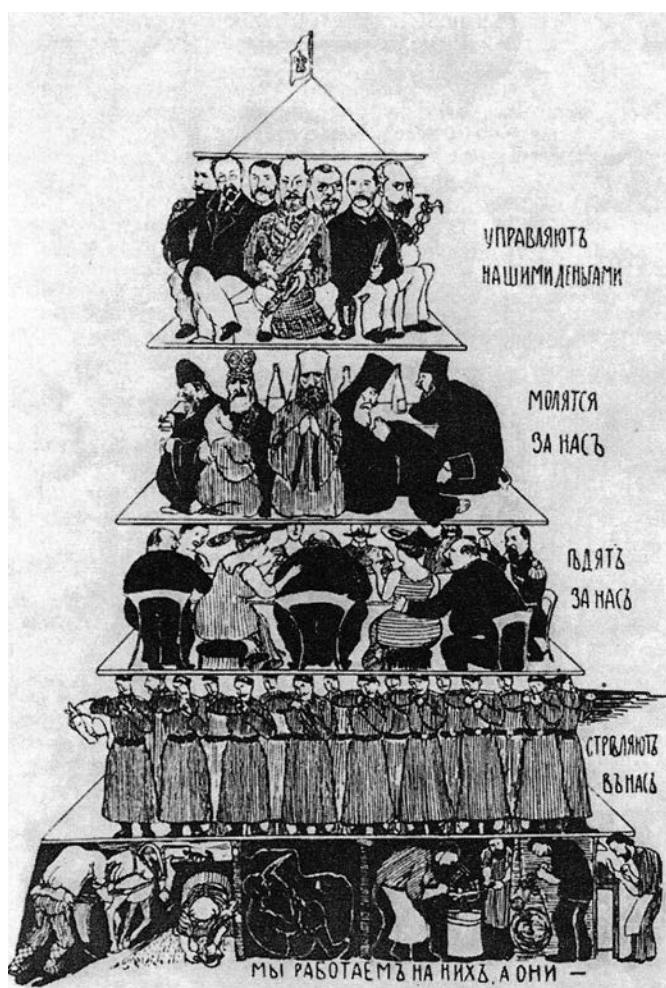
18.	<i>Esperanzas defraudadas (1961-1964)</i>	335
19.	<i>Estabilización (1964-1970)</i>	353
Cuarta parte		
20.	<i>«Socialismo desarrollado» (1970-1982)</i>	371
21.	<i>Privilegio y disconformidad</i>	385
22.	<i>Hacia la reforma (1982-1985)</i>	399
23.	<i>«Glasnost» y «perestroika» (1986-1988)</i>	417
24.	<i>El hundimiento del imperio (1989)</i>	433
25.	<i>Comienzo y final (1990-1991)</i>	449
26.	<i>El poder y el mercado (1992-1993)</i>	471
27.	<i>¿Y Rusia? (1994-1997)</i>	489
	<i>Epílogo: el pasado y el futuro</i>	503
	Notas	511
	Bibliografía	537
	Índice alfabético	565
	Índice de mapas.	587

1

¿Y Rusia? (1900-1914)

Con anterioridad a la primera guerra mundial, en Europa no existía potencia imperial alguna que fuera objeto de mayor vilipendio que el imperio ruso ni dinastía tan odiada por generaciones enteras de demócratas como la de los Romanov: ni el káiser Guillermo II de Alemania ni el emperador Francisco José de Austria-Hungría tenían tan mala fama como el zar de Rusia Nicolás II. La represión de los partidos y sindicatos rusos era muy dura. Tras meses de disturbios de carácter revolucionario, en 1905 Nicolás II se avino, muy a su pesar, a permitir la creación de un parlamento (o Duma). Pero la primera Duma, reunida en 1906, fue incapaz de mantener una postura firme ante la monarquía; y mediante la manipulación de la nueva ley fundamental en su beneficio, el zar disolvió la segunda Duma y modificó la normativa electoral a fin de obtener una tercera Duma más complaciente.

Con todo, el imperio ruso presentaba puntos débiles. Aunque en 1812 sus tropas habían logrado que los ejércitos de Napoleón se retiraran hacia Francia, los conflictos militares en los que el país se enzarzó con posterioridad resultaron ser menos gloriosos. Así, cuando en 1854-1856 se enfrentó a fuerzas expedicionarias británicas y francesas en Crimea, fracasó en su intento de expulsarlas hacia el mar Negro; y aunque el orgullo ruso se recuperó en parte gracias a su victoria sobre los turcos en la guerra de 1877-1878, no había motivos para sentir satisfacción por ello, ya que era por todos sabido que el imperio otomano estaba en una situación de declive irreversible. Los sucesivos zares Romanov, cuya dinastía reinaba en Rusia desde 1613, eran conscientes de lo mucho que había que hacer para asegurar sus fronteras. En este sentido, había dos potencias a las que se consideraba extremadamente amenazadoras, Alemania y Austria-Hungría, de las que se esperaba se aprovecharan militar y económicamente del declive turco; en concreto, el plan que tenía Berlín para construir una vía férrea desde



Con anterioridad a 1917 circuló un dibujo anónimo sobre la estructura de la sociedad del imperio ruso. Los obreros situados en la parte inferior explican qué relación mantienen con las otras capas de la población. De arriba abajo, se puede leer lo siguiente:

- «Ellos disponen de nuestro dinero»
- «Ellos rezan por nosotros»
- «Ellos comen por nosotros»
- «Ellos nos disparan»
- «Nosotros trabajamos para ellos mientras ellos...»

la costa mediterránea hasta Bagdad se veía con especial agitación en San Petersburgo.

Los problemas de Nicolás II no se concentraban únicamente en el oeste. El imperio ruso, que ocupaba una sexta parte de la superficie terrestre del planeta, era un continente de por sí, con unas fronteras que se extendían desde los mares Báltico y Negro hasta el océano Pacífico. A finales del siglo XIX, el gobierno de San Petersburgo —donde radicaba por entonces la capital rusa— se unió a la carrera internacional por expandir las posesiones imperiales en Asia, a resultas de lo cual en 1896 obligó a Pekín a entregarle una concesión ferroviaria rentable en el norte de China. Pero el creciente poderío de Japón se veía con recelo, y en enero de 1904 un mal aconsejado Nicolás II decidió declararle la guerra: el resultado fue una humillante derrota terrestre y naval y la consolidación del poderío militar japonés como segura amenaza para Rusia durante las cuatro décadas siguientes.

Japón dio por concluida la guerra en 1906 mediante la firma del tratado de Portsmouth, redactado en términos generosos para Nicolás II. No obstante, Europa central seguía siendo una zona peligrosa, por lo que Rusia tuvo que cultivar relaciones cordiales con Francia para contrarrestar a los alemanes. En 1893 se había firmado un acuerdo de seguridad franco-ruso, al que en 1907 seguiría una Entente que, además de a Francia, incluía a Gran Bretaña. Entretanto, se siguieron realizando gestos conciliatorios con Alemania, porque, pese a la rivalidad existente entre los dos países, Rusia también se beneficiaba del comercio con ella, a la que se exportaba grano, madera y productos lácteos; asimismo, las finanzas y la industria alemanas eran importantes para el crecimiento de la industria manufacturera de San Petersburgo. Rusia tenía motivos para evitar una alianza más estrecha con Gran Bretaña y Francia, pues los británicos competían con ella por extender su influencia en Persia y Afganistán y Francia de vez en cuando planteaba demandas que chocaban con los intereses rusos en el Próximo Oriente. Aun así, la buena marcha de la economía de Rusia dependía más de Francia y Gran Bretaña que de Alemania; y, a la larga, la rivalidad con Alemania y Austria-Hungría sería difícil de mantener dentro de los márgenes de la diplomacia.

La enormidad de Rusia resultaba un problema más que una ventaja. Sólo Gran Bretaña con sus posesiones ultramarinas poseía un imperio mayor; pero los británicos podían perder la India sin que se vieran por ello invadidos, cosa que no sucedía en el caso de Rusia y su imperio de naturaleza terrestre: tenía enemigos potenciales al oeste, al este y al sur.

Pedro el Grande, que reinó en el país entre 1689 y 1725, se había apercebido de la vinculación existente entre la industrialización y la eficacia militar, para lo cual levantó fábricas de armamento en Tula y otros lugares. No obstante, el fervor de Pedro I por el crecimiento industrial obedecía más a un deseo por mejorar la capacidad de combate de sus ejércitos que al de lograr una

industrialización general; y, en cualquier caso, sus sucesores inmediatos no compartieron su entusiasmo por la creación de fábricas. Con todo, durante la década de 1830 se habían empezado a construir ferrocarriles, y en las décadas de 1880 y 1890 el gobierno volvió a comprometerse en la tarea de lograr una industrialización rápida. De la mano del ministro de Economía, Sergei Witte, se fomentó con celo la creación de fábricas, minas y bancos a medida que el imperio ruso buscaba completar su desarrollo económico capitalista. Con el apoyo de Nicolás II en el país, Witte transmitió a los financieros de todo el mundo el mensaje de que en Rusia los márgenes de beneficio eran enormes y los obreros obedientes.¹

Así pues, la producción fabril y minera aumentó a un promedio anual del 8 por 100 en la última década del siglo XIX y del 6 por 100 entre 1907 y el estallido de la primera guerra mundial. En 1914 se habían construido cincuenta mil kilómetros de vías férreas, incluida la línea del Transiberiano que unía Moscú con Vladivostok, situada a orillas del océano Pacífico; para lograr este propósito, los contratos del estado resultaron vitales. A fin de lograr seguridad ante Alemania y Austria-Hungría en el oeste y ante Japón en el este, las fábricas de armamento recibieron apoyo decidido por parte del gobierno, y las inversiones del exterior también resultaron cruciales: casi la mitad del valor de las obligaciones rusas con excepción de los bonos hipotecarios estaba en manos de extranjeros.² Asimismo, el desarrollo del sector metalúrgico era especialmente dinámico, y lo mismo ocurría con la explotación de los recursos naturales del imperio. Alfred Nobel convirtió los campos petrolíferos de Bakú en los segundos mayores productores del mundo tras los de Texas. La exportación de madera era muy importante y se extraía carbón, hierro y oro de manera intensiva.

Los empresarios y banqueros rusos también desarrollaban una gran actividad. En particular, en la región de Moscú había cada vez más fábricas textiles y una producción cada vez más elevada de bienes de consumo. Las prendas de vestir, en su mayor parte destinadas al consumo interno, constituían la industria más grande del país, y, junto con el sector de procesamiento de alimentos, sumaban la mitad de la producción industrial del imperio (las empresas metalúrgicas y mineras representaban alrededor de una séptima parte).³ No sólo la producción de armamentos y ferrocarriles, sino también la de calzado, muebles y mantequilla eran elementos vitales de la transformación económica del imperio ruso, cuya industria no descuidaba en absoluto el mercado de productos para el consumo popular.

Aunque la industria lideraba el progreso económico, la agricultura tampoco carecía de dinamismo. Las cosechas de cereales aumentaron a un promedio anual de aproximadamente el 2 por 100 entre inicios de la década de 1880 y 1913. No obstante, no se trataba de un cambio consolidado, por lo que se produjeron varios retrocesos —el peor de ellos la gran hambruna que afectó a la

región rusa del Volga en 1891-1892—, mientras que las sequías siguieron constituyendo un problema intermitente en todo el imperio. Con todo, la situación general era moderadamente positiva. La producción per cápita de cereales, por ejemplo, creció un 35 por 100 entre 1890 y 1913, y las exportaciones de trigo y centeno convirtieron al imperio ruso en el principal exportador de grano del mundo: durante los cinco años previos a la Gran Guerra se vendieron al extranjero del orden de 11,5 millones de toneladas. Además, en las aldeas existía un creciente deseo por experimentar con nuevos cultivos; así, el número de hectáreas cultivadas de remolacha aumentó en dos quintas partes entre 1905 y 1914,⁴ se consiguió incrementar la producción de patatas y productos lácteos de la región del Báltico, y algunas zonas del Asia central «rusa» lograron aumentar su producción de algodón.

Esta diversificación de los cultivos se vio facilitada por la utilización de bienes de equipo producidos en las fábricas, maquinaria que se concentraba principalmente en los grandes latifundios donde los jornaleros constituían el principal segmento de la mano de obra. Con todo, los campesinos también compraban arados metálicos, techos de metal ondulado y cercas de alambre, así como zapatos de cuero, clavos y abrigos siempre que se lo pudieran permitir.

Por el contrario, las actitudes sociales estaban cambiando con mucha lentitud. Pese a los beneficios que obtenían gracias a la expansión del mercado existente para sus productos, los campesinos seguían ligados a las ideas y costumbres tradicionales. En Rusia, la principal institución rural era la comuna agraria de las aldeas, organismo que impartía justicia de acuerdo con las formas locales de entender la equidad económica y social. En algunas zonas ello incluía la redistribución periódica de la tierra entre las familias de la comuna, pero los campesinos acataban las decisiones de la comuna incluso en los lugares donde la propiedad de la tierra era estable. Había, pues, cierto grado de igualitarismo. Existía asimismo una tradición de responsabilidad mutua, tradición cimentada por el Edicto de Emancipación de 1861, que recaudaba impuestos no tanto de las familias o de los particulares como de la comuna en su conjunto. Los campesinos estaban acostumbrados a actuar de manera colectiva y a tomar decisiones conjuntas sobre la vida de la aldea.⁵

Sin embargo, eso no significaba que todo el campesinado viviera en las mismas condiciones, pues era común que a un puñado de familias de la comuna les fuera mejor que al resto. Los campesinos ricos, conocidos por el nombre de *kulaks* (que en ruso significa «puños»), prestaban dinero, contrataban mano de obra y arrendaban y compraban tierras, mientras que las familias más pobres, en especial las que no contaban con un varón adulto entre sus miembros y debían arreglárselas con la contratación de jóvenes que hicieran el trabajo, solían caer en la penuria. Para la mayoría de los campesinos la vida era desagradable, brutal y corta.

Mientras el campesinado satisficiera las exigencias del estado en forma de impuestos y levas, el gobierno se inmiscuía poco en los asuntos del campo. Hasta mediados del siglo XIX, la mayor parte de los campesinos habían estado sujetos a la nobleza latifundista. El zar Alejandro II se percató de que esto había sido una razón de peso de la debacle del imperio ruso en la guerra de Crimea de 1854-1856, por lo que en 1861 promulgó un Edicto de Emancipación que liberó a los campesinos de su servidumbre. No obstante, los términos de su liberación no les favorecieron. Así, por término medio se dejó a los campesinos con un 13 por 100 menos de tierra para su cultivo que antes del Edicto,⁶ de manera que, pese a estar satisfechos por dejar de estar sujetos a la administración dominante de los terratenientes de las aldeas, los campesinos —entre los que existía la creencia de que el zar les debía transferir toda la tierra, incluidos los campos y los bosques de sus antiguos señores, y que debían apropiarse de esas tierras siempre que se les presentara la oportunidad—, siguieron descontentos.

Junto con la supresión de la autoridad directa de los terratenientes sobre el campesinado, el Edicto de Emancipación debía acompañarse de una serie de reformas en el ámbito del gobierno local, la judicatura, el sistema educativo y el servicio militar. En los pueblos se implantaron organismos representativos y electivos conocidos por el nombre de *zemstvos*, destinados al desempeño de funciones de tipo administrativo; se crearon tribunales locales; se proporcionó más educación al pueblo (se calcula que en el cambio de siglo sólo estaba alfabetizada en torno a una cuarta parte de la población rural, mientras que en las ciudades más grandes la proporción correspondiente era de tres cuartas partes)⁷ y las fuerzas armadas redujeron el período de servicio militar de veinticinco años a seis como máximo. Pese a todo, los campesinos todavía se sentían insatisfechos: se les anunció que deberían pagar por las tierras que recibieran a través del Edicto de Emancipación y estaban ofendidos por el hecho de que, a diferencia de la nobleza, estuvieran sujetos a castigos corporales por mala conducta. En definitiva, siguieron siendo una clase aparte.

Asimismo, Alejandro II, temeroso al igual que sus ministros de la rápida expansión de un «proletariado» urbano indisciplinado como el existente en otros países, insistió en que los campesinos debían obtener permiso de sus comunas antes de marcharse a trabajar a las ciudades. Con todo, este freno al crecimiento industrial resultó intrascendental, pues, a fin de cumplir con sus obligaciones fiscales, las comunas consideraban conveniente permitir que los hombres jóvenes y capacitados físicamente buscaran empleo en las fábricas y minas y remitieran una parte de sus sueldos a la familia que habían dejado tras de sí en la aldea. En 1913 había unos 2,4 millones de obreros en la industria a gran escala,⁸ cifra que, en el caso de la clase obrera urbana, llegaba a los aproximadamente once millones si en ella se incluye a los obreros de la

industria a pequeña escala, la construcción, los transportes, las comunicaciones y el servicio doméstico; y, por otra parte, también había alrededor de 4,5 millones de jornaleros en la agricultura. Así pues, la clase obrera urbana y rural se cuadruplicó en el medio siglo que siguió al Edicto de Emancipación.⁹

Entre las clases media y alta también se experimentó el proceso de cambio. Los latifundistas de las regiones más fértiles adoptaron técnicas agrícolas occidentales y algunos amasaron grandes fortunas a partir del cultivo de trigo, patatas y remolacha, mientras que los de otras zonas vendieron o arrendaron cada vez más tierra a precios que se mantuvieron elevados a causa de la imperiosa necesidad que de ella tenía el campesinado; la aristocracia ocupó cargos en una burocracia estatal en proceso de expansión y entraron a formar parte de bancos y empresas industriales; y con el incremento de la población urbana vino aparejado un aumento del número de tenderos, dependientes y otros miembros del sector terciario de la economía. Las ciudades del imperio ruso estaban en plena ebullición gracias al florecimiento de un nuevo tipo de vida que se superpuso a las viejas costumbres.

La monarquía trató de hacer valer sus prerrogativas asegurándose de que las clases medias y altas no crearan organizaciones independientes del gobierno. Sin embargo, había unas pocas excepciones. La Sociedad Económica Imperial se dedicó a debatir acerca de los grandes asuntos de la industrialización, y la Academia Imperial consiguió eludir las excesivas restricciones oficiales; algunas de sus grandes figuras, entre las que cabe destacar al químico Mendeleev y al fisiólogo conductista Pavlov, lograron fama internacional. Pero las diferentes asociaciones de profesionales estaban sujetas a una vigilancia y una intimidación constantes, y jamás pudieron exponer sus quejas ante el zar. Los industriales y los banqueros también estaban intranquilos, y sus organizaciones, a las que el zarismo mantuvo debilitadas mediante la práctica de favorecer a algunas en detrimento de las demás, fueron confinadas a actividades de tipo local. La Rusia imperial obstaculizó las actividades cívicas autónomas.

Así fue la transformación de la sociedad en sus pasos iniciales antes de la Gran Guerra. Con todo, la mayor parte de las relaciones económicas del imperio ruso seguían siendo de tipo tradicional: los tenderos, sirvientes domésticos, cocheros y camareros vivían como lo habían hecho durante años, y los *jodoki* (campesinos que recorrían grandes distancias para realizar trabajos estacionales en otras regiones) suponían un fenómeno de masas en la Rusia central y septentrional.

Incluso las fábricas que usaban la maquinaria de importación más moderna seguían dependiendo en gran medida del trabajo manual, y las condiciones de vida en los distritos industriales eran atroces. Los propietarios de las fábricas textiles moscovitas tenían una actitud paternalista hacia sus obreros, pero la mayor parte de ellos no les proporcionaba alojamiento, educación u otras comodidades adecuadas: los obreros rusos vivían en la miseria y recibían

salarios muy bajos desde el punto de vista de los patrones del capitalismo industrial contemporáneo. Al igual que los campesinos, se sentían marginados del resto de la sociedad, y un abismo de hostilidad les separaba de sus patrones, sus capataces y la policía. Se les prohibía formar sindicatos y fueron sujetos a un código de disciplina laboral aplicado de forma arbitraria en sus puestos de trabajo. A finales del siglo XIX, el Ministerio de Asuntos Internos mostró compasión por su situación, pero lo habitual era que se proporcionase protección oficial a los intereses de los propietarios ante las reivindicaciones de los obreros.

Durante el reinado de Nicolás II, la clase obrera existente en Moscú, San Petersburgo y Tula creció rápidamente, pero la precariedad de sus condiciones de vida animó a los obreros a mantener sus vínculos con el ámbito rural. Sus parientes cultivaban las asignaciones comunales de tierra para ellos, y en caso de llevar a cabo huelgas podían resistir regresando a las aldeas, un ejemplo de sistema de ayuda mutua. Las familias campesinas esperaban de los obreros no sólo que les ayudaran económicamente, sino también que volvieran a la aldea para colaborar en la cosecha.

Los lazos de unión entre el campo y la ciudad ayudaban a conservar las ideas tradicionales. Las creencias religiosas estaban muy extendidas por todo el imperio, y los rusos y otros pueblos cristianos celebraban con entusiasmo las Navidades, la Pascua y las grandes fiestas religiosas. El sacerdote, una figura central en el ámbito rural, acompañaba a los campesinos a los campos de cultivo para bendecir la siembra y rezar por la obtención de una buena cosecha. Con todo, en la visión campesina del mundo también sobrevivían vestigios paganos, prejuicios a los que los mal formados y pobremente pagados sacerdotes de las parroquias raramente se oponían. Por otra parte, tanto el campesino como el obrero rusos podían ser extremadamente toscos. Beber en grandes cantidades era algo común, la sífilis estaba muy extendida y se utilizaban los puños y navajas para dirimir los desacuerdos. Además, el campesinado aplicaba sin contemplaciones sus propias formas de orden: no era infrecuente que los descreídos recibieran violentos golpes y mutilaciones. La sofisticación de los salones de San Petersburgo no tenía continuidad en las sucias y desaliñadas aldeas.

Así pues, el imperio ruso vivía una profunda fractura entre el gobierno y los súbditos del zar; entre la capital y las provincias; entre la gente alfabetizada y los analfabetos; entre las ideas occidentales y las rusas; entre los ricos y los pobres; entre el privilegio y la opresión; y entre las modas contemporáneas y las costumbres seculares. La mayoría de la gente (un 90 por 100 de los súbditos del zar habían nacido y se habían criado en el campo)¹⁰ sentía que un abismo les separaba del mundo habitado por las elites gobernantes.

En apariencia, la nación rusa era la principal favorecida del imperio, pero entre los rusos la conciencia nacional sólo estaba parcialmente desarrollada y

las tradiciones y lealtades locales conservaban mucha influencia, hecho que se evidenciaba en multitud de aspectos. Un ejemplo de ello es que los emigrantes del campo, al trasladarse a las ciudades para trabajar, tendían a convivir con gente originaria de su misma zona: al hombre de Saratov el oriundo de Arcángel le resultaba casi tan ajeno como alguien de Polonia o incluso Portugal. Había notables diferencias de dialecto y acento, a lo que cabe añadir que, pese a la transformación económica, la mayor parte de los rusos no solía viajar a las ciudades vecinas: de hecho, muchos jamás pisaron la aldea más próxima. Los estilos de vida de las comunidades de los campesinos rusos estaban tan fuertemente enraizados en las localidades particulares que, al emigrar a zonas de población no rusa, los campesinos a veces los abandonaban y pasaban a identificarse con sus nuevos vecinos.

No obstante, ha habido épocas en las que los campesinos se han puesto del lado del gobierno. La invasión napoleónica de 1812 y la guerra ruso-turca de 1877-1878 estimularon los sentimientos patrióticos,¹¹ y en los siglos precedentes había existido una profunda aversión hacia los comerciantes, mercenarios y consejeros extranjeros.¹² Asimismo, los procesos generales de industrialización y formación educativa tuvieron un fuerte impacto sobre la percepción de la gente. Los rusos se estaban trasladando a vivir a las ciudades, estaban aprendiendo a leer y escribir, podían viajar de una parte a otra del país y tenían la oportunidad de cambiar de empleo: a medida que fueron relacionándose entre sí, empezaron a sentir que tenían mucho en común.

Con todo, el nacionalismo no era un sentimiento predominante entre los rusos: en los albores del siglo XX, la mayoría estaba más motivada por las creencias cristianas, las costumbres campesinas, las lealtades aldeanas y la glorificación del zar que por los sentimientos patrióticos rusos. La propia cristiandad estaba muy dividida. La Iglesia ortodoxa rusa se había desmembrado a causa de una reforma del ritual impuesta por el patriarca Nikon a partir de 1653; los que se negaron a aceptar las dispensas de Nikon se marcharon a vivir al sur, al sudeste y al norte del país y se dieron en llamar los «viejos creyentes». Entre los rusos también surgieron otras sectas, algunas de las cuales eran tremendamente extrañas, como los *jlysty*, que practicaban la castración de sus adeptos; otras eran pacifistas, entre las que cabe mencionar a los *dujobors*; y también proliferaron las confesiones cristianas extranjeras, como los baptistas. Lo que era común a tales sectas era su desencanto no sólo con la Iglesia ortodoxa rusa, sino también con el gobierno de San Petersburgo.

Esta situación limitaba la capacidad de la Iglesia ortodoxa rusa para actuar a modo de institución encargada de unificar los valores nacionales rusos. Obligada a actuar como el brazo espiritual del estado zarista, la Iglesia puso en práctica una campaña de persecución contra las sectas rusas: en Rusia, el tipo de efervescencia intelectual que caracterizaba a las iglesias «nacionales» de otros países se desalentó. El zar y la jerarquía eclesiástica querían que la

Iglesia ortodoxa fomentara un tradicionalismo obediente y oscurantista, y sólo se la autorizaba a ejercer esta función.

Asimismo, aunque las principales figuras culturales del siglo XIX habían explorado cuál era la mejor forma posible de organizar los recursos humanos y naturales de Rusia, la *intelligentsia* tampoco tenía una postura definida sobre la cuestión nacional. Los poemas de Alexander Pushkin, las novelas de Lev Tolstoi, Feodor Dostoyevski e Iván Turgenev, los cuadros de Iván Repin y la música de Modest Musorgski y Piotr Chaikovski eran obras que ponían el acento en el hecho de que Rusia poseía un gran potencial que aún estaba por explotar. Entre los artistas, los músicos destacaban por sus manifestaciones de lealtad a la monarquía, pero la mayor parte de los intelectuales en sus diferentes variantes odiaban al zarismo, actitud compartida por los estudiantes, profesores, médicos, abogados y otros grupos profesionales.¹³ Entre los miembros de la *intelligentsia* era habitual sostener que la monarquía autocrática estaba ahogando el desarrollo del espíritu nacional ruso.

Sin embargo, los intelectuales rusos estaban lejos de ponerse de acuerdo sobre lo que entendían por «lo ruso». De hecho, muchos aborrecían el discurso sobre el hecho diferencial ruso. Aunque criticaban la naturaleza imperial del estado, les desagradaba la idea de dividirlo en varios estados-nación, y, en cambio, meditaban sobre la manera de crear un estado plurinacional en el que ninguna nación estuviera por encima de las otras. El antinacionalismo era especialmente característico de los socialistas, pero varios liberales destacados también rechazaban la invocación de ideas nacionalistas rusas.

La defensa de los intereses del pueblo ruso a expensas de los de otros pueblos del imperio se dejó en manos de figuras públicas de la extrema derecha, incluidos algunos obispos de la Iglesia ortodoxa rusa; después de 1905 aparecieron algunas organizaciones monárquicas que trataron de fomentar esta causa, entre las que, por su influencia, destacaba la Unión del Pueblo Ruso, que gozaba del apoyo incondicional de Nicolás II y su familia.¹⁴ Se trataba de organizaciones que exigían la restauración incondicional de la autocracia, loaban al zar, a la Iglesia ortodoxa rusa y al «pueblo llano», y odiaban a los judíos, a los que culpaban de los recientes disturbios ocurridos en el imperio. Asimismo, ayudaron a formar bandas, comúnmente conocidas por el nombre de los «Cien Negros», que llevaron a cabo pogromos sangrientos contra las comunidades judías de los territorios fronterizos occidentales: con el fomento de una histeria xenófoba, pretendían aunar al zar y al pueblo ruso.

Tras su inicial manifestación de simpatía hacia la Unión del Pueblo Ruso, Nicolás II adoptó una postura pública más prudente. Dejó que la Unión hiciera lo que pudiese, pero él era el zar. Era demasiado austero como para representar el papel de agitador, y sus ansias por gozar del respeto de los monarcas de otros países no habían disminuido. Nada de lo realizado por Nicolás II tuvo un propósito claro o una puesta en práctica consistente.

Entre los impedimentos del zar estaba el hecho de que no pudiera confiar en la lealtad de sus súbditos rusos. El estado imperial oprimía a los campesinos, soldados y obreros rusos, y lo mismo hacía con quienes no fueran rusos. Es más: en las dos décadas anteriores a 1917, los rusos sólo representaban el 44 por 100 de la población del imperio.¹⁵ El imperio era un conglomerado desigual de nacionalidades, y los rusos eran inferiores a algunos de los demás pueblos en el terreno educativo y ocupacional: los súbditos alemanes, judíos y polacos de Nicolás II tenían un nivel medio de alfabetización mucho más elevado que los rusos,¹⁶ y los alemanes provenientes de la región báltica ocupaban un número desproporcionadamente elevado de los altos cargos en las fuerzas armadas y la burocracia. Por otro lado, los polacos, finlandeses, armenios y georgianos tenían un sentido más definido de su identidad nacional que los rusos, y dado que su resentimiento por la interferencia imperial era fuerte, no habría tenido sentido alienar a esas nacionalidades del régimen más de lo necesario.¹⁷

En definitiva, el estado zarista decimonónico era un estado plurinacional, no uno de esos estados-nación que simplemente habían incorporado un imperio; la lealtad al zar y a su dinastía era la exigencia suprema que el imperio ruso planteaba a ese conjunto de naciones.

Asimismo, los zares tampoco sentían aversión por las prácticas represivas brutales. La revuelta polaca de 1863 se había reprimido salvajemente, y en el Cáucaso Norte, que sólo se había logrado conquistar en la década de 1820, el líder rebelde Shamil encabezó una sublevación musulmana contra el zarismo que no fue derrotada hasta 1859. La autonomía concedida a la administración y el sistema educativo finlandés se recortó a instancias de Nicolás II, y la Iglesia uniata de Ucrania y Bielorrusia, las Iglesias ortodoxas armenia y georgiana, las Iglesias luteranas de los estonios y los letones y la Iglesia católica de Lituania y la Polonia «rusa» padecieron la injerencia oficial en sus cultos y se convirtieron en crisoles del descontento antizarista. Entretanto, se obligó a la mayor parte de los judíos a vivir dentro de las «zonas de asentamiento»¹⁸ de los territorios fronterizos occidentales del imperio, pues el zar los creía responsables de subvertir el imperio entero.

Sin embargo, en sus momentos de mayor lucidez Nicolás II comprendió que la seguridad del régimen estaba en peligro no tanto a causa de la «cuestión nacional» como de la «cuestión laboral» (la mayoría de los obreros de las fábricas eran rusos). El ilegal movimiento obrero había visto la luz de forma intermitente durante la década de 1890 —aunque los fenómenos huelguísticos eran más la excepción que la regla—, y también se producían disturbios en las zonas agrícolas. Sin embargo, hasta comienzos del siglo XX el zarismo estuvo fuertemente asentado: los levantamientos contra la monarquía solamente tuvieron un carácter esporádico. Así, los liberales, a los que se tenía prohibido la creación de un partido político propio, realizaban grandes ban-

quetes para celebrar el aniversario de acontecimientos pasados que hubieran azorado a la monarquía. Los campesinos, cuyas cosechas se habían malogrado por partida doble después de 1900 a causa del mal tiempo, estaban profundamente descontentos, y lo mismo sucedía en el caso de los obreros; aconsejado por el jefe de la policía de Moscú, Sergei Zubatov, el gobierno había permitido la formación de sindicatos locales bajo control político, a resultas de lo cual surgió un movimiento obrero legal decidido a desafiar a las autoridades.

El domingo 9 de enero de 1905 se inició un levantamiento de carácter revolucionario como consecuencia de que se abriera fuego contra una pacífica manifestación, encabezada por el padre Georgi Gapon, ante el Palacio de Invierno de San Petersburgo. En el evento, conocido como el «Domingo sangriento», se provocó una matanza de civiles inocentes, incluidos mujeres y niños. Acto seguido, se desencadenaron huelgas y marchas de protesta por todo el imperio ruso; Polonia y Georgia se volvieron ingobernables durante las semanas que siguieron; y en Rusia los obreros de las fábricas, cuyas manifestaciones recibieron una aprobación inicial por parte de los empresarios, mostraron su repulsa por el zar.

En cuanto la prensa empezó a criticar a las autoridades, Nicolás II ordenó que se llevara a cabo una investigación para determinar las razones del descontento popular. Por añadidura, las noticias que llegaban del Extremo Oriente reportaron mayor descrédito aún a la monarquía: en febrero de 1905 las fuerzas terrestres rusas fueron derrotadas en Mukden, y en mayo la flota del Báltico fue aniquilada en la batalla de Tsushima. El mito sobre la invencibilidad del régimen se desvaneció y las formaciones políticas ilegales salieron de la clandestinidad. De ellas, las dos mayores eran el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y el Partido de los Socialistas Revolucionarios, cuyo objetivo común era el derrocamiento de la dinastía de los Romanov. Los primeros eran marxistas que deseaban ver a la clase obrera urbana al frente de la lucha contra la monarquía, y los últimos socialistas agrarios que, pese a apelar también a los obreros, tenían sus esperanzas puestas en el potencial revolucionario del campesinado. Asimismo, los liberales también se organizaron mediante la creación del Partido Constitucional-Demócrata en octubre de 1905. La autocracia estaba sitiada desde todos los ángulos.

Los obreros formaron comités de huelga y los campesinos empezaron a hacer un uso ilegal de los bosques y los pastos de los latifundistas y a tomar posesión de la tierra cultivable; en la flota del mar Negro se produjo un motín y el acorazado *Potemkin* partió hacia Rumania; las tropas que regresaban del Extremo Oriente se rebelaron a lo largo de la línea férrea del Transiberiano; y en septiembre de 1905 los marxistas de San Petersburgo fundaron un Soviet (o Consejo) de diputados de los obreros que, elegido por los obreros y empleados de las fábricas locales, se convirtió en un organismo de autogo-

bierno revolucionario local. Nicolás II hizo al fin caso de los consejos de Sergei Witte para que firmara un manifiesto (el «manifiesto de octubre») en el que se prometiera la concesión de «libertades civiles sobre la base del principio de la inviolabilidad de las personas y la libertad de conciencia, expresión, reunión y asociación», a lo que debía añadirse también la creación de una Duma elegida, que los varones adultos de todas las clases sociales gozaran de derechos civiles y que no se pudiera poner en vigor ley alguna sin el consentimiento de la Duma. Parecía que la autocracia estaba anunciando su dimisión.

El manifiesto de octubre acabó con las causas de la hostilidad mostrada por la clase media urbana y permitió a Nicolás II reprimir la revuelta. Muchos liberales instaron a que se diera apoyo al zar y se arrestó a los dirigentes del Soviet petersburgués (incluido Lev Trotski, su joven presidente). En diciembre de 1905 el Soviet de Moscú, en manos de los socialdemócratas y los socialistas revolucionarios, intentó llevar a cabo un levantamiento armado que fue sofocado, tras lo cual se desplegaron unidades militares leales contra otras organizaciones y grupos sociales sublevados. Una vez restablecido el orden en las ciudades y las vías férreas, Nicolás II promulgó una ley fundamental y ordenó la celebración de elecciones a la Duma. Pero a la sazón, el zar había modificado su aparente voluntad de renunciar a la autoridad autocrática: en particular, podía nombrar el gobierno que fuera de su mayor agrado, disolver la Duma cuando lo creyera necesario y decretar el estado de excepción, maniobras denunciadas no sólo por los socialdemócratas y los socialistas revolucionarios, sino también por los constitucional-demócratas (o kadetes).

El campesinado no había tardado más que los obreros en movilizarse contra las autoridades: en el verano de 1905 la mayoría de los distritos rurales de la Rusia europea se consideraba que estaban «sublevados».¹⁹ Se llevaron a cabo talas de los bosques y pastoreo de ganado ilegales en las tierras de sus propietarios y se amenazó a los terratenientes que vivían en el campo; a menudo se colgaba un gallo con el cuello cortado en la puerta de sus casas para advertirles que se marcharan del pueblo. Las familias campesinas rusas organizaron sus actividades en el marco de las comunas, y a menudo fueron las familias más prósperas las que tuvieron el papel más destacado en la expresión de las demandas del campesinado. En 1905-1906 las zonas rurales de todo el imperio estaban en revuelta. Sólo el hecho de que Nicolás II pudiera seguir contando con gran número de regimientos que no se habían enviado a combatir al Extremo Oriente le permitió seguir en el trono. El zar estuvo a un tris de ser derrocado.

En esta coyuntura, en abril de 1906 se reunió la primera Duma. El grupo de diputados más numeroso lo integraban campesinos que no pertenecían a partido alguno. No obstante, al contrario de lo esperado por Nicolás II, fue-

ron estos mismos diputados los que exigieron la transferencia de la tierra de los terratenientes al campesinado, ante lo cual el zar ordenó la disolución de la Duma. Los líderes del Partido Constitucional-Demócrata, el partido con mayor número de escaños en la Duma, estaban tan encolerizados por la disolución de la Duma que se marcharon a la ciudad finlandesa de Viborg y pidieron al resto de los súbditos que se negaran a pagar los impuestos y a realizar el servicio militar hasta que no se configurara un orden parlamentario en toda la regla. Nicolás II los ignoró y dispuso la celebración de una nueva consulta electoral; mas, para su enojo, la segunda Duma, reunida en marzo de 1907, también resultó ser una asamblea radical, de modo que se dirigió a su ministro de Asuntos Internos, Piotr Stolypin, para que formara gobierno y remodelara las reglas electorales a fin de obtener una tercera Duma en la que la nobleza tuviera mayor peso que el campesinado.

Stolypin era un reformista conservador. Veía que era necesario emprender una reforma agraria y consideraba que la comuna campesina era el mayor obstáculo para la eficiencia de la economía y la estabilidad de la sociedad, de manera que decidió disolverla animando a las familias campesinas «fuertes y sobrias» a establecerse por su cuenta. Anteriormente, cuando la segunda Duma se puso en su contra por el hecho de que no hubiera concedido las tierras al campesinado, Stolypin utilizó los poderes especiales del artículo 87 de la ley fundamental para imponer sus medidas; y cuando con posterioridad los campesinos rusos se mostraron profundamente apegados a sus comunas, utilizó cierto grado de coacción para llevar a la práctica sus intenciones. No obstante, el éxito que obtuvo fue muy limitado. Así, en 1916 sólo habían roto con la comuna para crear explotaciones independientes un 10 por 100 de las familias de las zonas europeas del imperio; explotaciones que, además, en una zona de gran fertilidad como los territorios occidentales de Ucrania, sólo tenían por término medio seis hectáreas cada una.²⁰

Asimismo, Stolypin advirtió que el gobierno imperial podría trabajar mejor en el caso de que la Duma cooperara con él, y con tal propósito buscó llegar a un acuerdo con Alexander Guchkov y el llamado Partido Octubrista (que, a diferencia de los kadetes, había aceptado de buen grado el manifiesto de octubre). Los octubristas de Guchkov eran monárquicos conservadores que razonaban en términos prácticamente idénticos a Stolypin, pero también insistían en que toda la legislación la debía elaborar la Duma.²¹ Al mismo tiempo, Stolypin quería fortalecer el sentido de responsabilidad cívica del pueblo, y con este objetivo convenció al zar para que se incrementara el peso del campesinado en las elecciones a los *zemstvos*; en su opinión, los campesinos debían ocupar un lugar en la vida pública. La integración política, social y cultural de la sociedad era vital, y Stolypin se convenció de que los nacionalistas rusos estaban en lo cierto al sostener que se debía tratar a Rusia como el corazón del imperio zarista. Se recortó más todavía la ya escasa autonomía

de los polacos, finlandeses y otras naciones del imperio ruso, y se puso más énfasis en la utilización del idioma ruso en la educación y la administración.

Sin embargo, en los círculos cortesanos se veía a Stolypin como un político interesado y dispuesto a socavar los poderes del zar. Al fin y al cabo, Nicolás II también veía las cosas de este modo y le retiraba constantemente el favor. En septiembre de 1911 Stolypin fue asesinado por el socialista revolucionario Dimitri Bogrov en Kiev, y corrieron rumores sobre el hecho de que la Ojrana, la policía política del Ministerio del Interior, hubiera facilitado el acercamiento de Bogrov al primer ministro e incluso de que el zar acaso había actuado en connivencia. Fuera cual fuese la verdad sobre el asunto, el zar reanudó las políticas basadas en una mínima cooperación con la Duma: el conservadurismo inteligente murió con Piotr Stolypin.

Con todo, para el zarismo ya no era posible gobernar el país a la vieja usanza. En el siglo XVIII, sólo la nobleza tenía conocimiento de los asuntos políticos generales, algo que sirvió para distanciar a las clases altas del resto de la sociedad. En sus casas, las familias aristocráticas empezaron a hablar en francés entre ellos, se empaparon de cultura europea y adoptaron sus gustos. Una serie de nobles excepcionales —desde Alexander Radischev en la década de 1780 hasta la conspiración antizarista de 1825 impulsada por los «decembristas»— cuestionaron la legitimidad del antiguo régimen. Pero la fuerte represión no eliminó el problema de la disidencia. Algunos de los exponentes más destacados de la literatura y del pensamiento intelectual rusos, incluidos Alexander Herzen, Nikolai Chernyshevski, Iván Turgenev y Lev Tolstoi, hicieron de los llamamientos en favor de la transformación drástica de las condiciones del país la obra de su vida.

Pese a la prohibición de formar partidos políticos, a partir de la década de 1860 se había organizado una oposición permanente dedicada a llevar a cabo mítines en demanda de mayores libertades políticas. Bajo el nombre de *narodniks* (populistas), la mayoría de los rebeldes creía en el socialismo agrario y sostenía que el espíritu igualitario y colectivista de la comuna campesina debía aplicarse al conjunto de la sociedad. En sus inicios se habían reunido en pequeños círculos secretos, pero en 1876 fundaron un importante partido, Tierra y Libertad, dedicado a difundir propaganda entre los intelectuales, obreros y campesinos, y a llevar a cabo actos terroristas contra oficiales. Cuando Tierra y Libertad cayó, se formó un grupo de terroristas autodenominado «La Voluntad del Pueblo» que logró asesinar al zar Alejandro II en 1881. La represión política se intensificó, pero, en cuanto se desarticulaba un grupo, se formaba otro. En la década de 1890, no sólo fundaron organizaciones combativas los *narodniks*, sino también los marxistas y los liberales.

La cultura de oposición no se circunscribía únicamente a los revolucionarios. En el siglo XIX se produjo una notable expansión del sistema educativo: los centros de enseñanza secundaria y universitaria proliferaron, y los estu-

diantes desplegaron una fuerte oposición al régimen. Los métodos de instrucción y disciplina disgustaban a la gente joven, malestar que no desaparecía cuando se convertían en adultos: veían el orden zarista como una peculiaridad humillante de la que Rusia se debía deshacer rápidamente.

La opinión pública se vio reforzada por la actividad de periodistas y escritores que informaban a la opinión pública con un grado de libertad que aumentaría después de 1905.²² Antes, la mayor parte de los periódicos legales habían sido conservadores o muy cautelosamente liberales, pero posteriormente abarcarían un abanico de ideales políticos que iban desde el profasismo en la extrema derecha al bolchevismo en la extrema izquierda. Aunque la Ojrana clausuraba las publicaciones que abogaban abiertamente por la sedición, la agitación de la opinión pública en contra de las autoridades era constante. No sólo los periódicos, sino también los sindicatos, las asociaciones de asistencia mutua e incluso las escuelas dominicales eran instrumentos de agitación, y aunque el régimen estipuló que los sindicatos debían radicar en poblaciones concretas y su dirección debía extraerse de la clase obrera, ello sólo sirvió para que los obreros acumularan experiencia en las formas de autoorganización colectiva. Al empujar a la gente hacia el aprovechamiento de sus propios recursos, el zarismo creó un antídoto contra sí mismo, con lo que a la postre se socavó la lógica interna de la vieja monarquía.

Con todo, la Ojrana actuaba con mucha eficacia. En 1907 logró eliminar a los dirigentes revolucionarios, infiltró a informadores de la policía en sus diferentes organizaciones en el imperio ruso, y el arresto de activistas de segunda fila continuó, de modo que los contactos entre los exiliados y sus seguidores fueron poco regulares.

La represión posibilitó que la dinastía perdurara más tiempo en el poder y acentuó la determinación de los revolucionarios de evitar toda disolución de sus ideas. En el cambio de siglo los marxistas habían sido los más populares entre los intelectuales políticos, y en 1899 habían formado el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Pero el partido no tardó en derivar hacia el faccionalismo, en especial entre los exiliados. Una de las facciones, los bolcheviques (o mayoritarios), la lideraba Vladimir Lenin, en cuyo opúsculo *¿Qué hacer?*, de 1902, afirmó que el partido debía actuar a modo de vanguardia de la clase obrera. Lenin sostenía que los miembros del partido debían ser disciplinados en el plano organizativo y leales en el plano doctrinal; en su opinión, el partido debía ser muy centralizado. Las teorías y la actividad divisoria de Lenin provocaron la ruptura del partido durante su II Congreso en 1903, y en 1905 empeoró más aún su reputación de polemista al proponer que al proyectado derrocamiento de los Romanov debía seguirle una «dictadura democrática revolucionaria provisional del proletariado y el campesinado», con lo que anticipaba así el uso del terror a fin de establecer la dictadura.²³

Este tipo de postulados alarmaron a sus rivales —los llamados mencheviques (minoritarios)— del Partido Obrero Socialdemócrata ruso, quienes siempre habían mantenido que Rusia debía pasar por una revolución «burguesa» y completar el desarrollo de una economía capitalista antes de emprender la «transición hacia el socialismo». Los mencheviques denunciaron que la proyectada dictadura no tenía nada en común con las políticas genuinamente socialistas y se inclinaron por un partido organizado de manera más abierta que el ideado por los bolcheviques.

El otro gran partido revolucionario —cuyo dirigente teórico era Viktor Chernov—, era el Partido de los Socialistas Revolucionarios, heredero de las tradiciones de los *narodniks* del siglo XIX. A diferencia de los *narodniks*, los socialistas revolucionarios no creían que Rusia pudiera avanzar hacia el socialismo sin pasar antes por una fase de desarrollo económico capitalista. Pero mientras que los marxistas, ya fueran bolcheviques o mencheviques, consideraban que el proletariado urbano era la gran clase revolucionaria, los socialistas revolucionarios otorgaban ese privilegio al campesinado, en el que veían la encarnación, bien que residual, de los valores igualitarios y comunales situados en el corazón del socialismo. Con todo, los socialistas revolucionarios también reclutaban a sus miembros entre la clase obrera, y, de hecho, en muchas ciudades rivalizaban con el Partido Socialdemócrata. Sea como fuere, el ideario de los activistas de base marxistas y socialistas revolucionarios sólo divergía en aspectos concretos; además, padecían por igual a manos de la Ojrana.

Los acontecimientos de 1905-1906 ya habían mostrado que, si jamás se otorgaba al pueblo el derecho a votar en unas elecciones, serían esos tres partidos los que lucharían por la victoria electoral. Los kadetes se daban cuenta de las limitaciones de su propia popularidad, y ante ello respondieron adoptando una política favorable a una reforma agraria radical basada en la transferencia de la tierra de los terratenientes al campesinado con una compensación monetaria adecuada para los primeros. Pero estaba claro que esto nunca sería suficiente para superar el reclamo de los socialistas revolucionarios, los mencheviques y los bolcheviques a menos que el sistema electoral se formulara de tal modo que diera ventaja a las clases medias.

Ciertamente, la estructura de poder crujía, y no ayudaba a mejorar las cosas el hecho de que no se respetara al zar, cuya capacidad para trabajar mucho no se veía acompañada de una inteligencia brillante. Nicolás II no tenía una visión de futuro clara para Rusia y se agotaba con las tareas de gobierno del día a día. Sólo encontraba satisfacción en la compañía de su familia, y se pensaba que su esposa, la zarina Alexandra, ejercía un gran dominio sobre él. De hecho, el zar era más independiente respecto de ella de lo que los rumores sugerían, pero se trataba de rumores a los que toda la gente daba crédito. Además, el zar se rodeó de consejeros entre los que se contaba toda una serie de místicos y curanderos, y su favoritismo hacia Grigori Rasputín, el «hombre

santo» de Siberia, se convirtió en algo célebre. Rasputín tenía una capacidad extraordinaria para detener las hemorragias de Alexei, el hemofílico heredero al trono; pero al amparo de la pareja imperial, en San Petersburgo Rasputín se dedicaba a jugar, visitar los burdeles e intrigar. Los Romanov se hundían en la infamia.

Tampoco es que Nicolás II se hubiera aislado por completo del pueblo: asistía a ceremonias religiosas y se reunía con grupos de campesinos. En 1913 se celebró con júbilo el trescientos aniversario de la dinastía de los Romanov, y se filmó al zar a beneficio de los aficionados a ir al cine. No obstante, al parecer sentía horror ante sus súbditos urbanos: desconfiaba de los intelectuales, los políticos y los obreros.²⁴ Nicolás II no concordaba con su época.

Con todo, los peligros más inmediatos que acechaban al régimen habían remitido. Los súbditos del imperio habían asumido con resignación la idea de que la Ojrana y las fuerzas armadas eran demasiado poderosas como para enfrentarse a ellas, y se produjeron pocas revueltas campesinas. Stolypin había ordenado sin piedad la ejecución de 2.796 dirigentes campesinos rebeldes tras someterlos a un consejo de guerra;²⁵ el dogal del verdugo se dio en llamar «la corbata de Stolypin». Las manifestaciones estudiantiles cesaron, la resistencia nacional en las regiones no rusas virtualmente desapareció y las asociaciones de los profesionales actuaron con pies de plomo a fin de evitar que las autoridades las clausurasen; asimismo, la intervención policial también había desbaratado al movimiento obrero, y durante algún tiempo se dejaron de producir huelgas. Pero en cuanto la economía experimentó una revitalización y el desempleo masivo descendió, los obreros volvieron a movilizarse. Volvieron a estallar conflictos industriales esporádicos y sólo era necesario que ocurriera un único acontecimiento para que se encendiera la mecha de la revuelta a lo largo del imperio.

Ello finalmente ocurrió en abril de 1912, cuando la policía disparó sobre los mineros en huelga de las minas de oro cercanas al río Lena en Siberia y se produjeron manifestaciones de solidaridad en todos los rincones del imperio. Asimismo, en junio de 1914 se produjo un segundo levantamiento de la oposición en San Petersburgo, cuyos principales motivos de queja eran los salarios y las condiciones de vida, así como la frustración sentida ante las restricciones políticas del momento.²⁶

La asiduidad de las huelgas y de las manifestaciones era un indicio de la responsabilidad que tenía el orden político y económico zarista en la intensificación de las tensiones. No obstante, el zar prefirió reforzar sus poderes monárquicos antes que llegar a un acuerdo con los diputados electos de la Duma. No sólo él, sino también su gobierno y sus gobernadores provinciales podían actuar sin atenerse a lo marcado por la ley; Nicolás II podía disolver, y disolvía, la Duma sin previa consulta; las normativas electorales se remodelaban a instancia suya; y el Ministerio de Asuntos Internos podía

sentenciar al «destierro administrativo» a los oponentes sin pasar antes por los tribunales, algo que podía incluir el destierro a las regiones más inhóspitas de Siberia. En 1912, 2,3 millones de personas vivían bajo la ley marcial y 63,3 millones bajo «custodia armada»; asimismo, los gobernadores provinciales promulgaban cada vez más sus propias normativas y las aplicaban por vía administrativa.²⁷ El «estado policial» de los Romanov distaba de ser absoluto, y había indicios de que la sociedad civil podía realizar futuros progresos a expensas del estado. Pero en muchos aspectos la arbitrariedad del gobierno no tenía fin.

Nicolás II se habría puesto las cosas más fáciles a sí mismo en caso de haberse avenido a que la Duma limitara su poder constitucionalmente, con lo que las clases altas y medias habrían absorbido, a través de sus partidos políticos, la hostilidad de la que era objeto su persona. La naturaleza opresiva del estado se podría haber reducido instantáneamente; la decadencia y estupidez de la corte de Nicolás II habría cesado para dar paso a un examen crítico de la situación; y en caso de haber accedido al establecimiento de una monarquía constitucional quizá habría salvado a su dinastía de la destrucción. Sin embargo, como nada cambió, fue prácticamente inevitable que se produjera algún tipo de conflicto revolucionario. Así, tras la humillación que el zar infligió a Stolypin, hasta los octubristas mostraron indiferencia por su soberano.

No obstante, Nicolás II también tenía motivos para dudar de la posibilidad de que la Duma hubiera sabido actuar mejor que él a la hora de resolver las dificultades del imperio ruso. Quienquiera que gobernara Rusia se iba a enfrentar con tareas enormes para transformar sus medidas económicas, culturales y administrativas; y ello si es que no caía víctima de las grandes potencias rivales. El crecimiento de la capacidad productiva industrial era alentador, y la creación de una base autóctona de investigación y desarrollo no lo era menos. La agricultura estaba cambiando sólo a un ritmo lento, y las consecuencias sociales de la transformación en las ciudades y el campo eran tremendas: causaba problemas incluso el crecimiento económico. Y se generaron grandes expectativas con el creciente conocimiento acerca de Occidente no sólo entre la *intelligentsia*, sino también entre los obreros, con lo que el número y la hostilidad de los sectores sociales contrarios al régimen aumentó.

Con todo, el imperio padecía tanto a causa del tradicionalismo como de la modernidad. Por ejemplo, la posesión de tierra en la comuna agraria o la posibilidad de regresar al campo para recibir asistencia eran factores poderosos para que los obreros rusos pudieran declararse en huelga. Los campesinos rusos y ucranianos se identificaban más con su aldea que con cualquier imperio, dinastía o ideal nacional, y los habitantes del imperio que habían desarrollado una conciencia nacional, como los polacos, estaban profundamente descontentos por el trato que recibían, de modo que siempre causarían problemas. La diversidad religiosa del imperio no hizo más que agudizar los problemas del

régimen, problemas que seguramente aumentarían a medida que el proceso de urbanización y de difusión de la educación continuaran.

Si el imperio algún día se descomponía, ni siquiera iba a estar claro a qué zona podría ser Rusia delimitada con mayor facilidad. Los rusos vivían en todos los rincones del imperio: existían grandes bolsas de ellos en Bakú, en Ucrania y en las provincias bálticas; además, Stolypin había fomentado la emigración de campesinos rusos faltos de tierras hacia Siberia y las posesiones rusas en Asia central. No se tenía a mano idea precisa alguna acerca de «Rusia», y las autoridades de San Petersburgo siempre habían desalentado las investigaciones sobre esta materia. La región polaca bajo gobierno ruso se describía como «las provincias del Vístula», y «Ucrania», «Letonia» o «Estonia» no aparecían como tales en los mapas oficiales. Así pues, ¿qué era Rusia? Este «gigante tumbado de un país» era tan grande o tan pequeño como uno quisiera pensar que era. Pocos rusos negarían que incluía a Siberia, pero en las zonas occidentales, ¿incluía también a Ucrania y a Bielorrusia? La demografía y la geografía del país estaban muy mal definidas, y en las peores circunstancias la borrosidad podría conducir a la violencia.

En los albores del siglo se estaba volviendo cada vez más probable que las malas circunstancias se produjeran. Las luchas sociales eran continuas; entre los no rusos, las animosidades de carácter nacional estaban subiendo de tono; la oposición política seguía siendo estridente y decidida; la monarquía se veía de manera cada vez más extendida como una institución opresiva y obsoleta incapaz de atender las necesidades del país. En 1905 Nicolás II había estado a punto de ser derrocado, pero pese a haber recuperado su posición, las tensiones básicas en el seno del estado y la sociedad no se habían suavizado.